

PUNTOS DE VISTA SOBRE LA SITUACION DE LOS ARQUITECTOS JOVENES EN ESPAÑA

"L'Architecture d'aujourd'hui", una de las mejores revistas de arquitectura que se publican en el mundo, ha dedicado su fascículo del mes de septiembre de 1957 a los "jóvenes arquitectos del mundo".

El gran interés del tema, y la importancia y seriedad de esta revista, hacen que este número sea particularmente interesante y que su contenido merezca ser examinado con detenida atención.

Las páginas 56, 57, 58, 59 y 60 están dedicadas a España, con los proyectos de Panteón de los Españoles en Roma, de Carvajal y G. de Paredes; Comedores de Seat, de Barbero, Joya y Ortiz Echagüe; Viviendas en Barcelona, de Bohigas y Martorell. Todos estos proyectos son conocidos de nuestros lectores, porque se han publicado en estas páginas.

La parte gráfica va precedida de unos textos que, traducidos, aquí se reproducen, porque su conocimiento entendemos interesa a toda la profesión. Reflejan un disgusto y malestar que, si es general a toda la juventud, y obedece a causas ciertas, en manera alguna conviene ocultar porque a todos interesa, precisamente en bien de todos nosotros, un clima de armonía que haga posible un óptimo trabajo.

Fernando Genilloud. Arquitecto. Madrid.

Los arquitectos jóvenes de España, lo mismo que los de otros países supongo, tienen que afrontar, en primer lugar, el peor de todos los problemas que puedan presentarse durante su carrera y que, desde el principio, se levanta ante ellos: el de ser jóvenes. Juventud, magnífico y gratuito don de la Naturaleza, que en los arquitectos dura más tiempo que en las otras profesiones (a los cuarenta años es uno todavía un joven arquitecto), ¡juventud, cómo pesas sobre el "joven" que ha de abrirse su camino en la pequeña jungla de la construcción!...

Ser "joven" ¡qué inconveniente más pesado representa!

Qué esfuerzos hay que hacer para llegar a vencer o para conseguir que acepten una solución, que, más tarde, con el aplomo de la edad, será aceptada sin discusión alguna.

Como en todas partes, creo que la vida profesional del arquitecto español se divide en tres etapas:

Primera etapa: Trabajar para los demás.

Segunda etapa: Trabajar para uno mismo.

Tercera etapa: Hacer trabajar a los demás para uno mismo.

Y el mismo ciclo volverá a repetirse en cada generación.

Los jóvenes luchan con entusiasmo para imponerse, para propagar ideas nuevas en un mundo inmovilizado dentro del neoclasicismo y se desesperan al chocar a cada paso con la comprensión de una clientela dictatorial cuyo lema es: "Yo pago; por tanto, mando." No es cosa fácil, sin otras armas que el entusiasmo, la fe y el

lápiz, hacer penetrar alguna idea nueva en esta *mens non sana* de nuevos ricos y de consejos de administración de respetables sexagenarios vetustos y pomposos, que son de una rigidez ya casi cadavérica, o hacerlos aceptar algún proyecto que no se parezca a los palacios de Carlos IV o que no tenga nada en común con el estilo de las "confiterías de la bella época"...

Unos cuantos, que forman una minoría, han conseguido imponerse, pero la gran mayoría aguanta de mala gana, haciendo concesiones al mal gusto del cliente. Pero, en el fondo de su corazón, arden las llamas de protesta contra un ambiente que los oprime y que hiere su sensibilidad tan nueva.

La carta que me ha enviado un joven compañero y brillante arquitecto, y de la cual publico aquí algunas líneas, demuestra todo este estado angustioso de repugnancia hacia a un ambiente que nos ahoga: "...es necesario luchar, codo a codo, agrupando los arquitectos que comprenden la importancia del tiempo en que vivimos, para, honestamente, trabajar unidos, para marcar el camino, fijar una meta y salir de este eclecticismo que nos esteriliza..."

Al estado actual de las cosas, las jóvenes generaciones dicen: "¡Basta! De este espíritu de rebelión contra una colectividad de mentalidades retrasadas ya ha surgido alguna renovación que se impone poco a poco. Las generaciones viejas, afortunadamente, desaparecen, y el próximo futuro pertenece a los "jóvenes". Estos acabarán con los viejos conceptos establecidos. El viejo edificio se tambalea ya, y dentro de algunos años la recogida pública de las basuras se llevará los últimos escombros."

La formación escolar de los jóvenes arquitectos españoles está mal orientada. Reciben una enseñanza en la cual la historia y la erudición ocupan más lugar que la vida. Escasos serán los profesores, por malos que sean, que no puedan enseñar algo personal y viviente, pero se diría que, generalmente, un extraño pudor los hace refugiarse en la erudición y la historia. Algunas veces, más que de pudor, se trata de una ignorancia de las verdaderas necesidades del estudiante. Su situación profesional los deforma mediante un realismo excesivo, ante un estado de cosas que, en el fondo, ellos mismos lo han creado por razones de conveniencias económicas profesionales. El conformismo de su postura, referente a este punto de vista, se refleja en su enseñanza, y cuando unas tendencias renovadoras empezaron a imponerse en nuestro país (generalmente, más por mimetismo que por convicción profunda de su valor y de su necesidad), estos profesores se vieron adelantados por sus propios alumnos (con el resultado subsiguiente de eso), con lo cual se explica el fracaso completo de los centros docentes en cuanto a sus medios de orientación y de formación. Si, realmente, se enseñan ideas nuevas, a menudo lo hacen sin preparación alguna y casi de mala gana, con lo cual no se despierta en el estudiante un sentimiento de respeto hacia el profesor y sus enseñanzas, sino, más bien, un complejo de superioridad que, de ninguna manera, debería haber en el estudiante durante la fase de su preparación.

Y, entonces, el estudiante acude a los libros y revistas para nutrirse de ideas, para cuya verdadera comprensión necesitaría un contacto directo, personal, humano, con los autores de las obras, o, por lo menos, con estas últimas. El hecho de que, generalmente, el español desea conocer la verdad para sentirse él mismo más seguro, pero que se aburre de buscarla personalmente, prefiriendo encontrarla ya descubierta y elaborada por otros, este hecho repercute en la enseñanza, donde conduce a consecuencias tan desagradables como difíciles de corregir.

Si el joven arquitecto español quiere ejercer su carrera e informarse sobre las posibilidades que se le ofrecen, no sabe a quién dirigirse ni dónde pedir estos informes. Debería poder contar con la ayuda de arquitectos expertos, a los cuales tendría que respetar por sus obras realizadas. No importaría mucho que, por pertenecer a otra época, no estuviera del todo conforme con ellos, pues la honradez y la sinceridad de sus trabajos bastarían para crear un ambiente de simpatía y un acercamiento en lo que se refiere a la postura humana y los principios fundamentales, para que el mutuo contacto no se redujera a una conversación entre mudos. Las críticas que estos buenos arquitectos viejos le harían, incluso, si no consiguieran convencerle, le obligarían a pensar, le proporcionarían el sentido de su responsabilidad, le advertirían los peligros de la exageración y despertarían en él su curiosidad

por ciertos problemas que, de otra manera, tardaría mucho más tiempo en descubrir y, quizá, no los descubriría nunca.

Arquitectos, como, por ejemplo, José Luis Sert, que, siendo jóvenes, habrían podido llenar, con referencias directas y seguras, el vacío que se abre ante nosotros, desgraciadamente, han salido de España. Tales arquitectos, quizá, habrían podido sustituir el falso sentimiento de superioridad, que se manifiesta en las nuevas promociones, por el sentimiento humano del oficio, el amor a la obra y a su destino. Algunos arquitectos de mucha fama han visitado nuestro país y han establecido contactos con los jóvenes arquitectos españoles; pero estos contactos han sido demasiado breves y circunstanciales para arraigar bien entre nosotros el gran fondo de humanidad y sencillez que sale de sus obras. Conferencias y un mero intercambio de palabras de cortesía, impuesto por el momento y por la buena educación, no son un remedio suficiente.

Como consecuencia de la escasez general de la crítica y de los críticos se publican, de cuando en cuando, artículos cuyos autores no son críticos de profesión. Pero, no dedicándose enteramente a la crítica, les falta a estos autores la influencia necesaria para hacer nacer corrientes de opinión. Además, en la realidad es esto poco frecuente. En la mayoría de los casos, estos autores temen—y este temor es, realmente, justificado—atacar de frente lo que consideran inadmisibles. El resultado es que casi siempre se elogia lo malo en lugar de lo bueno, tanto de intención como de hecho, y, así, el público tiene completa libertad para elegir, en la mayoría de los casos muy arbitrariamente, lo que más esté de acuerdo con su gusto o con su criterio. Como esta crítica, tan raramente cultivada, se ha convertido en portavoz del arte actual, ha procedido con tanta ligereza, que sólo podrá conducir a un concepto falso de la arquitectura moderna, a no ser que haya intenciones ocultas.

La política del Gobierno, en tanto que se refiere a la arquitectura, es peligrosa y, casi siempre, de graves consecuencias para los jóvenes arquitectos. El Estado tiene una marcada tendencia hacia las enormes construcciones faraónicas (sea cual sea su destino: político, religioso, administrativo, cultural, etc.) para todas las obras que están a su cargo, y, en cambio, demuestra una tendencia marcada hacia la improvisación cuando se trata de resolver el problema de la vivienda. Tiene un concepto equivoco del rendimiento de los arquitectos y siempre cree que les paga demasiado. La consecuencia es que los honorarios profesionales, ya de por sí exiguos, han sido reducidos oficialmente. Además, si el arquitecto quiere demostrar su competencia tiene que realizar y presentar sus proyectos lo más rápidamente posible. Pero, en los numerosos organismos, hay comisiones que interfieren en los proyectos, y esto tanto más fácilmente si se trata de problemas estrictamente profesionales. Aunque, suponemos, esto no sucederá siempre, realmente esto es lo que sucede la mayoría de las veces.



Los concursos, que han sido muy mejorados, ofrecen a los jóvenes arquitectos ocasiones excelentes para empezar a trabajar y a darse a conocer. Sin embargo, nosotros, personalmente, somos enemigos de los concursos, porque consideramos que, en la mayoría de los casos, para poder realizar un buen proyecto, se necesita tener un interlocutor.

El trabajo libre, por el contrario, es muy difícil para el joven arquitecto, y este hecho es una prueba contra las ventajas aparentes de los concursos, porque la falta de un interlocutor responde a un mal corroborado por el trabajo libre. En éste, falta el interlocutor, porque, en realidad, hace abstracción del arquitecto, que le tolera como una cosa formularia, obligatoria, y, por tanto, onerosa. Lo que le importa más es la casa, no como elemento indispensable de la vida y en correlación directa con ésta, sino como una expresión ostensiblemente acentuada de la posición social o económica del propietario. Este acoge malamente las observaciones del arquitecto, quien las interpretará, inmediatamente, como una ofensa a la sensibilidad artística, la cual el propietario cree poseer en alto grado por la naturaleza o en virtud de la posición social adquirida. Bajo estas condiciones, el arquitecto, ante la actitud del que requiere sus servicios, pero al cual le trata como un elemento secundario y casi siempre inoportuno, adoptará una actitud conformista y se inclinará a cierta ligereza en la ejecución de sus proyectos.

Todo este conjunto de aspectos negativos nos hace considerar como desesperado el panorama que ofrece la arquitectura en nuestro país. Pero seríamos injustos si no reconociéramos que existen excepciones, tanto en el campo profesional como también en el de la iniciativa privada y en ciertos organismos o sociedades. Estas excepciones son tanto más meritorias cuanto que, siendo las cosas como las hemos explicado más arriba, hay que luchar contra las enormes dificultades del ambiente. Así, el trabajo de las asociaciones profesionales y, especialmente, el del Colegio de Arquitectos de Cataluña y de las Baleares, al cual se deben las visitas de arquitectos contemporáneos, eminentes a nuestro país, merece los mayores elogios. Finalmente, queremos expresar la esperanza que, por su trabajo libre, representa una clientela joven, todavía esporádica, pero que parece libre de prejuicios "artísticos" y sociales de las generaciones precedentes. Quizá de los mismos arquitectos y, especialmente, de los jóvenes arquitectos dependerá que no se frustre esta esperanza, sino que se pueda reafirmar hasta estar en condiciones de contrarrestar e, incluso, de eliminar las penosas y graves circunstancias, bajo las cuales, hasta ahora, se trabaja aquí.

Proyecto de capilla para la Universidad Tunghai, en Formosa. L. M. Pei, arquitecto.